

*Recordando los sesenta*  
Robert Stone

---

Traducción de Inga Pellisa

*Singular* 

Título de la edición original: *Prime Green: Remembering the Sixties*

Primera edición en Libros del Silencio: octubre de 2011

© Robert Stone, 2007

© de la traducción, Inga Pellisa, 2011

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2011]

Provença, 225, entresuelo 3.<sup>a</sup>

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Las fotografías incluidas en el interior son cortesía del autor o

© Ronald Bevirt cuando así se indica.

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

ISBN: 978-84-938531-9-8

Depósito legal: B-33.043-2011

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Con amor y gratitud  
por las duraderas amistades de aquella época,  
y por aquellos, sigan vivos o no,  
con los que compartí lo que vimos  
y lo que fuimos*

Janice, Deidre y yo llegamos a San Francisco al final de la primavera, justo cuando se acercaba el frío estacional (dicen que Mark Twain afirmó una vez que el invierno más frío que había vivido fue un verano en San Francisco) y las sirenas de niebla de Alcatraz anunciaban el último año de La Roca como penitenciaría.

Nuestro apartamento tenía una cama plegable de pared, la primera que había visto fuera de una película del Gordo y el Flaco. Estaba en el cuarto piso de un edificio de cinco plantas, en la última pendiente de Russian Hill, a poca distancia de la Bahía. Subiendo de noche por la colina, caíamos en el hechizo de las sirenas de la prisión de la isla y de los arcos de luz que trazaban los focos al barrer el velo de bruma.

Hubo al menos un intento de fuga mientras vivimos allí. Decían que un famoso actor local había aparcado el coche en el puerto deportivo, con las llaves en el contacto y una bolsa de sándwiches en el asiento, por si acaso los convictos conseguían superar las corrientes y esquivar los barcos patrulla y los tibu-

rones. Este tipo de gesto definía la ciudad en aquella época. A medio camino por la nublada colina había un restaurante italiano, iluminado por velas, con manteles de cuadros rojos, *fiascos* y hasta un amable dueño que fiaba.

«La Ciudad» era como el columnista del *Chronicle* llamaba incesantemente a San Francisco, con un desenfadado provincialismo suburbano que despertaba tu arrogancia juvenil. Herb Caen era el tipo de columnista que se refería a sí mismo como un «escriba», un «escriba» de «Bagdad de la Bahía». Mi mezquina venganza consistía en llamar a la ciudad «Frisco» al menos una vez al día: llamarla Frisco y contemplar ese momento de refinada repugnancia arrugando los labios de toda esa gente guapa y en traje de tweed que parecía representar un porcentaje altísimo de la población local de aquella época (alrededor de 1960, un avezado neoyorquino comparó el ambiente de San Francisco con quedar «atrapado en un ascensor del Lincoln Center»). Pero la ciudad era agradable, una perla, a la vez exótica y yanqui, sobria al tiempo que seductora, poseedora de una belleza que no dejaba de sorprender. Y era encantadora, una palabra que entonces yo no podría haber usado con honestidad, porque describía cualidades que escapaban a mi comprensión consciente. Nadie ha usado nunca esa palabra para Nueva York.

Tanto Janice como yo nos pusimos a trabajar durante nuestro verano en San Francisco. Yo, de día, en un taller de camisas en Mission Street. Y Janice en el turno de noche del Banco de América, mientras yo cuidaba de la niña. Cuando empezó el curso en Stanford, en septiembre, nos mudamos a Menlo Park,

cerca del campus. En otoño de 1962 —una estación soleada que yo, recién trasplantado a California, no podía llamar «otoño»— algunos de nosotros salimos de Palo Alto en dirección a San Francisco en la furgoneta Volkswagen de un amigo. En aquella época estaba eróticamente programado para las furgonetas Volkswagen. Tenía una aventura, deliciosamente ilícita, con una joven estudiante de doctorado casada que conducía una. Recuerdo cómo esperaba expectante la aparición a lo lejos de aquella furgoneta, ella acercándose a nuestro *rendez-vous*, reconocerla al volante, su pelo color miel, las bolsas del supermercado y su bebé asegurados al asiento trasero. La clandestinidad, con sus remordimientos y culpabilidades, no iba a durar demasiado. Estábamos a punto de abolir el propio concepto.

Pero en la época de los asuntos ilícitos uno se lo tomaba en serio. Uno luchaba contra las presiones de un matrimonio precoz y una paternidad prematura. Uno intentaba comportarse como el personaje de una película de la Nouvelle Vague: una llamada conspiradora, un encogimiento de hombros, un Gauloise... Condujimos hasta San Francisco en un autobús cargado de jóvenes libertinos, la mayor parte de nosotros estudiantes de posgrado de Stanford, por la autopista de Bayshore, siguiendo la Ruta 101.

Nuestro objetivo aquel día de otoño era pasar la noche fuera, una noche en la que tal vez conseguiríamos ver a John Coltrane en la Jazz Gallery y a Lenny Bruce en el Hungry i, a ochocientos metros el uno del otro. Habíamos decidido prepararnos para aquella avalancha de riquezas ingiriendo grandes cantidades de peyote, aquel cactus de apariencia inofensiva que

por entonces estaba generalmente disponible al sur de la frontera, en puestos de mercado mexicanos, expuesto a la venta por señoras nativas de compostura tranquila que parecían saber algo que la mayor parte de gente desconocía. Como descubrimos después, así era.

En efecto, sabían más de las cosas que yo, conduciendo a toda velocidad por California hacia mis placeres vespertinos. Pero a diferencia de los demás, yo no había olvidado todo lo que sabía. Alguien había comprado un montón de cápsulas de gelatina, que podían conseguirse en el drugstore de cualquier esquina. Otro había hervido una enorme masa de cactus verde mezclada con una ratatouille de color dinosaurio y la había metido en las cápsulas. El peyote tenía un sabor aún más asqueroso de lo que parecía, así que uno hacía lo que podía para eliminarlo. Todos nosotros, tres o cuatro parejas, procedimos a tragarnos un puñado de aquellas cosas, una media de unas seis por cabeza. Yo dije haber tomado seis, en realidad fueron doce. Me sentía secretamente convencido de que estaba de vuelta de todo; ya había tomado peyote antes.

Que yo necesitara doce cápsulas de concentrado de peyote para presentarme ante aquellos genios que se alineaban frente a nosotros aquella noche —Coltrane y Bruce— es un claro indicador de apetito impulsivo, falta de juicio y muchas otras cosas. No recuerdo que nadie hiciera referencia al «exceso», aunque seguramente el concepto ya existía por aquel entonces.

A primera hora de la tarde aparcamos en North Beach, todavía conocida como el «barrio hipster» (a diferencia de Haight-Ashbury, que en 1962 era un barrio obrero del interior

lleno de baratas casas victorianas, un secreto para los habitantes y los nacidos en San Francisco). Conseguimos llegar al primer set de Coltrane antes de que se hiciera de noche. Mientras nos tambaleábamos hacia el interior del local, pudimos sentir la poción azteca agitándose sutilmente dentro de nosotros, desactivando nuestros lóbulos frontales, despertando las células reptilianas de nuestro cerebro, esas que todos compartíamos con el Gran Lagarto del Amanecer de los Tiempos. El Lagarto se hacía presente en los diseños hipnagógicos que se incrustaban detrás de nuestros párpados, inconfundiblemente precolombinos, un furioso Chac Mool despreciando los requerimientos de la esclerótica.

Cuando nos sentamos a nuestra mesa, un viento se elevó desde los confines de algo, trayendo sabor a vacío. El viento creció en intensidad hasta clavarnos a las sillas y amenazaba con llevarse volando nuestros vasos. Nos agarramos. Yo aparenté sangre fría, pero sabía que aquel viento no cesaría, que había venido a por mí. Su fuerza era inimaginable.

Me volví hacia el escenario, donde Coltrane tocaba «My Favourite Things». Creo que se me descolgó la mandíbula, me quedé boquiabierto. Alabé al Lagarto. El Lagarto hacía que la música que provenía del escenario se hiciera visible. No es una metáfora, con el peyote no hay metáforas. Del saxo surgían preciosas bandas festivas de seda del rojo más brillante, dibujando espirales y bailando y llenando el espacio con rizos y arcos escarlatas. El metal producía grandes y pesadas olas de escarcha, relámpagos de hielo con las crestas dentadas y afiladas como cuchillas, expandiéndose y contrayéndose maravillo-

samente a lo largo de la línea del bajo. De cada instrumento, de algún modo, surgía algún tipo de espectáculo radiante que yo no era capaz de asumir siquiera remotamente. Asiéndome al terrible viento, me dirigí hacia la calle. Trataba de mostrarme sereno, y le mostraba a todo aquel que contemplaba mi retirada un sonriente rictus de terror. Mi extremadamente leal Janice vino conmigo, así como un tipo de nuestro grupo que iba detrás de ella. Los tres giramos penosamente la esquina y nos adentramos en Chinatown.

Era, podría decirse, un Chinatown de la mente. Era el auténtico Chinatown, en Grant Avenue, pero también era Chinatown de un modo más profundo y sin ningún sentido étnico, sino más bien en el sentido de un perdido y terrorífico paisaje urbano sacado de una película de Polanski: su exotismo cling-clang, diseñado para entretener a los turistas, me procuró una experiencia más rica y extraña. Tan rica y extraña, de hecho, que a fuer de buen cristiano no quisiera volver a pasar otra noche semejante aunque tuviese que dar por ello un mundo de días venturosos (*Ricardo III*, acto I, escena IV). Era como ahogarse en un tanque de malvasía.

Me convencí de que tenía un dolor afilado en el pie. Janice, el tipo que le iba detrás y yo fuimos a Saint Mary's Square para sentarnos en un banco de la plaza, bajo la estatua de Sun Yat-sen. Al sacarme el zapato vi que mi calcetín parecía empapado en sangre, una sangre brillante como el color de los riffs del saxo de Coltrane. Me quité el calcetín. El pie lucía igual de ensangrentado. Resultó que había un clavo en mi recién estrenado zapato del Macy's de Palo Alto, comprado un

día o dos antes. Estaba de punta dentro de la suela, de ahí el agudo dolor.

Al otro lado del camino, enfrente de nosotros, había un par de adolescentes chinos con pinta de duros, lanzándonos insultos y amenazas a plazo fijo. Mientras nos observaban, tratamos de dilucidar el enigma del pie, el zapato y el clavo. Tuvo lugar una escena parecida a esta:

Yo: ¡Sangre! ¡Mierda!

J (seis cápsulas de peyote): Es imposible. Quiero decir... No es posible.

El Tipo Que Le Iba Detrás (más o menos las mismas): Oh... ¿Sangre? Uh.

Yo: ¡Clavado! Algo... clavado. En mi zapato.

J: No, tú estás... alucinando. Mira...

ETQLID: ¡Está alucinando! Tú sí que te has quedado clavado, ja, ja.

(Janice ha puesto su mano en mi pie y luego en el zapato. Su mano sale bañada en sangre.)

J: Esto es imposible. Dios.

ETQLID: ¿Eso es sangre?

Yo: ¡Sí! ¡Sangre!

(Los tres miramos más fijamente. Y luego aún más fijamente.)

J: ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! (Ahora hay más sangre en su mano.)

(ETQLID le toca la mano y se llena la suya de sangre. Miramos fijamente a nuestras manos.)

J (a mí): Dios, tus ojos. Las pupilas. ¡Son enormes!

(Todos miramos las pupilas de los otros por turnos y luego a sus manos y luego a las propias. Empezamos a soltar risitas.)

En este punto los adolescentes intercambian miradas pensativas y abandonan el parque. En 1962, había algo curioso en el hecho de tomar peyote, y era que prácticamente nadie sabía que existiera tal cosa. Los espectadores de nuestro comportamiento obscenamente estúpido tenían que atribuirlo al alcohol o a algún tipo de trastorno mental. Nunca llegué al stand-up de Lenny Bruce. Y había desperdiciado mi primer concierto de Coltrane por pura imbecilidad.

Sucesos como este se repitieron: hubo locura, terror puro y mucha diversión. Lo bueno de todo aquello para mí fue que en los años de mi beca en Stanford todos nosotros —amigos, amantes, compañeros de estudios— descubrimos muchas cosas de nosotros mismos y de los demás, lo cual, en su mayor parte, nos complacía poderosamente. Nadie que no fuera de los nuestros, un pequeño círculo de amigos, como lo cantó Phil Ochs, se acercaba a nosotros. Nos fuimos uniendo más.

Más tarde aquel año, algunos de nosotros recibimos el sacramento del LSD. El oficiante fue Richard Alpert, Ph. D., entonces conocido como Baba Ram Dass. En los primeros tiempos, Ram Dass se refería a sí mismo jocosamente como «el doctor LSD Júnior». El doctor LSD Sénior era Timothy Leary, Ph. D., su compañero de investigación sobre el ácido en Harvard. Una tarde, Ram Dass nos introdujo en el LSD en espray, mediante uno de esos inhaladores con los que se representa a

los asmáticos y a decrepitos cantantes de ópera automedicándose las amígdalas.

Entre los comulgantes estaba el doctor Vic Lovell, el hombre al que Ken Kesey dedicó *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Ram Dass había sido el mentor de Vic en la escuela de doctorado, y a este se le atribuye habitualmente la iniciación de Kesey, cuando el primero trabajaba de interno en el Hospital de Veteranos de Palo Alto, donde se estaban llevando a cabo estudios. La identidad de los estudiosos ha sido tema de discusión desde entonces.

Aquella tarde, como tantas otras, era agradable y moteada de luz. Pocos minutos después de tomar el LSD, creí notar algo peculiar en el dorso de mi mano. Peculiar y desagradable. Una especie de sarpullido. Extendiéndose. Le lancé una mirada de lémur de doble alcance. Se negó a desaparecer; al contrario, extendió al máximo su red escabrosa. Cometí el error de consultar al doctor Ácido Jr. para realizar un chequeo de la realidad:

Dr. Ácido (cavilando): Estando en Zihuatanejo uno de nosotros desarrolló un sarpullido en el dorso de la mano. Se parecía un poco a esto.

Yo: ¿Sí?

Dr. Ácido: Sí, se extendió.

Yo: ¿Que se extendió?

Dr. Ácido: Sí, se extendió por todo su cuerpo. Creyó que estaba a punto de morir.

Yo: Bueno... ¿y qué pasó??

Dr. Ácido: Pues, de hecho... murió.

Consideré cada una de las palabras. El hombre había muerto. De repente me pareció ligeramente divertido. La cultivada serenidad del doctor, su cósmico desinterés, me pareció cómica. Me eché a reír, incapaz de controlarme. Nadie más lo hizo.

Más tarde, la cosa mejoró. Hubo un conato de incendio, y camiones de bomberos, rojos, o amarillos (¿cómo saberlo?, ¿qué diferencia hay?), y equipos de radio chisporroteantes y quejumbrosos. Nosotros no habíamos iniciado el fuego, pero intentamos sacarle todo el partido. Una chica muy guapa se sentó sobre un tronco y estuvo tocando a Bach con la flauta hasta que el humo aromático de las hojas ardiendo pudo con ella. Aparecieron unos caballos y empezaron a perseguirnos hasta que una mujer, una equitadora, comenzó a perseguirlos a *ellos*.

En una fiesta a la que asistí, para celebrar la creación de algo que nos gustaba llamar el Suburban Folklife Center, se organizó un juego del cordel humano. «Que todos los pulgares levanten la mano», anunció Gurney Normal, folclorista de Kentucky y fundador de nuestro grupo. Se trataba de una especie de baile de figuras.

Por entonces, nuestra comunidad en torno al campus de Stanford y al centro de escritura se encontraba dividida por la cuestión de la marihuana. Muchos de nosotros la habíamos conocido bastante de cerca en los institutos urbanos de los cincuenta. En Nueva York iba asociada a las pandas de la época de *West Side Story*, así como las salas de billar junto al tren elevado, las pistolas de fabricación casera o las peleas con antenas de coche arrancadas. En la Marina, me mantuve apartado de ella,

temía que un arresto me conduciría a un entierro en vida en la pavorosa fortaleza de Portsmouth, New Hampshire.

Durante los sesenta, la hierba se convirtió en una de las luminosas maravillas de California y, cada vez más, en un *shibboleth*. Por lo general, la gente que fumaba tendía a relacionarse con gente que fumaba. Iba aparejada a la música e iba aparejada al sexo, lo que contaba tremendamente. Cuando se esperaba a alguien nuevo en una fiesta, o había sido invitado a alguna expedición, la pregunta habitual era «¿Es enrollado?», lo que quería decir si consumía. La pregunta se debía en parte a una cuestión de seguridad, ya que entonces, como ahora, las condenas por la marihuana podían ser severas o brutalmente absurdas. Pero también había esnobismo postadolescente y autocomplacencia. Al menos en mi caso.

La psicodelia fue ocupando un lugar más y más importante en nuestros asuntos a medida que pasaba el tiempo. Janice seguía ayudando a mantenernos trabajando como procesadora de datos. En una ocasión realizó un encargo para una fundación dedicada a la investigación sobre drogas psicodélicas a cambio de un viaje de ácido gratuito.

El término *procesamiento de datos* era poco conocido en aquel entonces. Al final, alguna gente empezó a pensar que la disponibilidad de drogas capaces de alterar el estado de conciencia y el advenimiento de la revolución postindustrial del microchip no podían estar totalmente desconectados. Había unas formas de lenguaje, unas actitudes en torno a estos dos fenómenos que estaban en cierto modo relacionadas, un cierto estilo bohemio que los identificaba. En las crónicas del mun-

do de los negocios de aquella época siempre se relata que los sesenta fueron malos años para las Máquinas Empresariales Internacionales, y así fue, aún fieles a los estilos y rutinas de camisa blanca, a la manera de Babbitt.<sup>12</sup> En Silicon Valley, el *Homo ludens* prevalecía en la nueva hornada de empresas, la cultura de las bañeras de hidromasaje y los periodos sabáticos experimentales: la vida de estudiante era continuada por otras vías.

Cosas extrañas, un espíritu al mismo tiempo elitista e igualitario, se hacían presentes. En uno de nuestros talleres de escritura en Stanford, el profesor Joshua Lederberg, nobel de física, vino a dar una charla en respuesta a la invitación de Wallace Stegner. Creo que fue la manera en que Wally quiso hablarnos del dilema planteado por Charles Percy Snow, que aún ocupaba a los académicos. Desde Cambridge, Snow se había lamentado de la desconexión entre las ciencias y las artes. O tal vez la iniciativa fue del doctor Lederberg. Este nos dijo algo que, como escritores, creía que debíamos saber: que la línea entre lo que es humano y lo que no pronto resultaría incierta. Se refería a la inteligencia artificial.

La lección de Lederberg nos reafirmó en nuestra noción de estar sumergidos en el cambio, de un nuevo mundo que se avecinaba. Yo, como fracasado de instituto cuyo mayor logro

12. Protagonista de la novela del mismo nombre, escrita por Sinclair Lewis y publicada en 1922. Babbitt es un hombre de negocios de mediana edad, de clase media y originario del Medio Oeste; su nombre ha pasado a designar en la lengua común a ese arquetipo del americano materialista y políticamente correcto que encarnaba. (*N. de la T.*)

técnico era transcribir código Morse en una máquina de escribir —las divisiones largas estaban fuera de mi alcance—, solo podía fantasear sobre las conexiones entre estas investigaciones aparentemente desvinculadas, pero a la vez, de algún modo, envueltas de misterio. El Instituto de Investigaciones de Stanford, que firmaba muy a menudo contratos para el Gobierno, estaba interesado en cualquier tipo de circuitos arcanos.

La política también se volvía rica y extraña. En Nueva York, la extrema izquierda se encontraba en un estado bastante ruinoso, mientras que la derecha estaba básicamente de vacaciones. ¿Habían sido los cincuenta tiempos de rigidez e histeria? Quizás. Dependía de dónde vivieras y de quiénes fueran tus amigos.

Las manifestaciones estudiantiles, las multitudes enfrenándose a la policía, eran solo cosas que pasaban en Trieste, por lo que respectaba a la mayoría de la población del país. En San Francisco se estaban preparando para que todo eso ocurriera aquí, en los Estados Unidos post Eisenhower.

Tal vez se debía a que San Francisco siempre había sido una ciudad de obreros. Harry Bridges y su sindicato de estibadores habían logrado sobrevivir tanto a las investigaciones encargadas por el Congreso como a las purgas de la Federación Americana del Trabajo. Irónicamente, el puerto estaba prosperando debido a la implicación de los Estados Unidos en las guerras de Asia, y el sindicato con él. Los habitantes de la ciudad siempre estaban dispuestos a apoyar campañas lanzadas desde la izquierda. Había quien decía que la mayoría de las víctimas de la caza de brujas anticomunista del este se había

trasladado a esa atmósfera menos acusadora del norte de California y habían criado a sus hijos allí. Esos niños de pañales rojos, la segunda o tercera generación de comunistas y trotskistas, y los vástagos de diversos movimientos herejes del marxismo estaban listos para tomarse la venganza de Amerika. La ola de la revancha se hacía fuerte en la Costa oeste.

En un principio, Berkeley, y no Stanford, fue el centro de la política de la nueva izquierda. Para cuando tuvo lugar la manifestación por la libertad de expresión en Berkeley, pocos años después de mi llegada, yo ya había conocido a los dirigentes de la Liga de Jóvenes Socialistas, los Estudiantes por una Sociedad Democrática, los Militantes, los Espartaquistas, los Maoístas, el Partido de los Trabajadores Comunistas y el Partido Comunista Revolucionario (no confundir con el Partido Comunista de los Estados Unidos de América). A medida que se intensificaba la guerra de Vietnam, las cuadrillas radicales se expandían como reacción.

Nunca se me había pasado por la cabeza que el Instituto de Investigaciones de Stanford, con todas sus enormes contrataciones con el Departamento de Defensa, pudiera haber liderado y servido como denominador común en la producción de todas aquellas excentricidades culturales de las que yo estaba disfrutando. Los avances en tecnología de circuitos y transistores, muchas de esas investigaciones de las que nacerían las nuevas empresas de Silicon Valley, se llevaban a cabo en el Instituto de Investigaciones de Stanford a cargo del presupuesto de Defensa. Las plantas de alta tecnología proliferaban desde el valle hasta el extremo sur de la Bahía, reemplazando los campos

frutícolas y sus tormentas primaverales de flores, los melocotones de Santa Clara, las peras de Mountain View. Incluso las carreteras interestatales construidas por Eisenhower, en parte para servir a los intereses de las grandes petrolíferas, se pagaron con fondos de Defensa. Esta revolución industrial libre de humos estaba haciendo desaparecer la California de Steinbeck, incluso la de Kerouac.

Así que resultó que esas agradables drogas liberadoras también habían salido del Instituto de Investigaciones de Stanford, fundado por la CIA, y que las conexiones que yo sentía, y que había atribuido a la mera vecindad, tenían una base después de todo.

En 1943, en Zúrich, un químico suizo llamado Hofmann estaba experimentando con el cornezuelo, un hongo parásito que afectaba al trigo. Sus intereses no iban más allá de los de la agricultura científica. A la vuelta del trabajo, el profesor Doktor Hofmann, pedaleando en su bicicleta sobre el empedrado de la antigua ciudad, empezó a sentirse algo extraño. El cornezuelo había permeado a través de la piel desnuda de sus dedos y estaba sufriendo un ataque de ergotismo, una afección no del todo desconocida entre la población que se dedicaba al transporte de harina en ocasiones contaminada. Los efectos eran conocidos en la Edad Media como el «fuego de San Antonio», o a veces como el «baile de San Vito». Las consecuencias del ergotismo sobre las capacidades cognitivas habían sido descritas como «esquizofrenia transitoria». Algunos habían descubierto que esta locura plagiada no siempre era tan transitoria, al menos no para todo el mundo.

El doctor Hofmann trabajaba para la Sandoz. Después de publicado su informe, la Sandoz fue contactada por la Oficina Americana de Asuntos Estratégicos, la proto-CIA de la época de la segunda guerra mundial. La inteligencia de los Estados Unidos estaba interesada en obtener un compuesto incapacitador pero no letal, o quizás un instrumento para los interrogatorios, un suero de la verdad. Los rumores acerca de este tipo de cosas se filtraban en las películas de los cuarenta y en los thrillers radiofónicos.

Uno de los lugares a los que la CIA y la Sandoz destinaron sus subvenciones económicas fue el Instituto de Investigaciones de Stanford en Palo Alto. El Instituto ya estaba por entonces trabajando en todo tipo de contratos de Defensa, y eso debió de influir a la hora de trasladar allí el proyecto. Quizás también jugó a favor la amigable presencia del Instituto Hoover. A principios de los sesenta uno podía encontrarse con Aleksandr Kérenski de camino a su oficina en la Hoover Tower, una estampa espeluznantemente similar a la de su retrato en *Los diez días que estremecieron al mundo*. Si le hubiera apetecido ver alguna película, el doctor Kérenski podría haber visto su propio auge y declive varias veces cada semestre, proyectado en el Departamento de Ciencias Políticas.

Entre los veinte y los treinta años, comprendí que había compartido una experiencia moderna universal: el mundo que yo había previsto cuando niño, lleno de fantasías y planes de aventuras, simplemente había desaparecido antes de que pudiera siquiera tocarlo. En Stanford, entre unas cosas y otras, la primera obra en la que había estado trabajando mudó de

naturaleza entre mis manos. Concebida como una novela policiaca realista, *Una galería de espejos* se fue escurriendo del estilo estrictamente realista. Decidí, creo, que entre el «realismo» y la experimentación formal no había ninguna diferencia sustancial. La originalidad era siempre bienvenida; los experimentos funcionaban o no funcionaban. El lenguaje era el lenguaje, y la vida era la vida; siguiéndose la pista, socavándose e iluminándose mutuamente. ¿Era necesario que me pasara todos aquellos placenteros domingos experimentando la muerte y la transfiguración a la manera de Owsley para entender aquello? Es posible.

Yo había dado mis primeros pasos bajo la influencia de la primera generación de literatos modernos. Hemingway dominaba el mundo entonces, ineludible. En lugar de aprender álgebra y divisiones largas, había pasado mis años de instituto leyendo y holgazaneando, como hacían antes, igual que ahora, los ratones de biblioteca inadaptados. Leí los libros que se leían entonces: Hardy, Conrad, Waugh, Dos Passos, Wolfe, Fitzgerald. La gente joven de hoy en día lee en mayor o menor medida los mismos. Tiempo antes habían sido Jack London, Ernest Thompson Seton, William Saroyan, las hagiografías de Louis de Wohl —¿alguien recuerda, hablando de novelas católicas extrañas, *Mr. Blue?*—, Faulkner, Robert Penn Warren. Una lista predecible para alguien de mi edad.

Ken Kesey, uno o dos años mayor que yo, había terminado dos novelas ya a principios de los sesenta. Ciertos estados alterados debieron de influir en su imaginación literaria para esos dos libros, aunque no en el grado que los federales regis-

traron en el expediente del FBI: «El sujeto ha terminado dos libros [aquí se incluían los títulos de ambos, ridículamente desfigurados], uno sobre la marihuana y el otro sobre el LSD». Esa es la impresión que se tenía desde el sillón del Gobierno.

Una de las cosas que nos reportó estar por allí y tener la edad correcta en los sesenta fue la sensación privilegiada de contemplar la rueda del tiempo. Uno podía captar atisbos de la cuarta dimensión, ver el mundo mientras giraba, de vez en cuando. La gente que vivió después de la primera guerra mundial tuvo una experiencia similar, o al menos eso podemos deducir de las novelas que nos dejaron. No creo que cualquier era moderna sea igual en ese sentido. Tal vez en nuestro caso era consecuencia de aquella posguerra de efectos retardados. Los cincuenta estuvieron plagados de nerviosas promesas de que las cosas volverían a ser como antes, aunque tras la confusión de los cuarenta nadie estaba muy seguro de cómo habían sido antes. Entre mucha gente existía la opinión de que la manera en que las cosas eran entonces no era aceptable. Pero corrían tiempos peligrosos, decían los mayores, era mejor no menear el barco.

Recuerdo dónde estaba cuando oí la noticia de que Kennedy había recibido un disparo: en una casa al lado de la carretera, junto a un riachuelo, en Santa Clara County. Le estaba cambiando los pañales a nuestro segundo hijo, Ian. Deidre, nuestra hija nacida en Nueva Orleans, había sido un regalo promocional por cortesía de Huey Long y su hospital caritativo. Ian lo fue también, pero del avanzadísimo Hospital Universitario de Stanford. Así que habíamos tenido a nuestros dos

niños de la forma más barata, pero en los dos extremos opuestos de la escala económica.

Más tarde, ese día de la muerte de Kennedy, Vic Lovell y yo estuvimos dando vueltas con el coche por la zona de Stanford, cruzando los paraísos suburbanos, los amontonamientos de bungalows y el gueto del este de Palo Alto, el pueblo que más tarde decidiría que no quería llamarse Nairobi. Estábamos tratando de pulsar la reacción popular. Pero aquello era California, claro, y la reacción popular era difícil de encontrar en aquellas calles despobladas.

En la famosa librería Kepler's supimos que el que había disparado era miembro del Comité de Trato Justo para Cuba. Un dependiente se echó a reír al vernos consternados. En las calles de Menlo Park, la gente lloraba. A medida que nos acercábamos hacia el centro de estudiantes, los elementos radicales mostraban sonrisas de complicidad hacia los infelices estudiantes. Lo que el ala radical pensaba que sabía aquel fin de semana de Acción de Gracias escapa a mi imaginación.

La gente de una cierta edad mantuvo durante muchos años la ilusión de que el mundo se había oscurecido de algún modo después del 22 de noviembre de 1963. Como si las cosas estuvieran empezando a ir mejor y de repente hubieran comenzado a girar fuera de control. Era una ilusión infundada, por supuesto, incluso si uno cree en algún tipo de espíritu o de patrón en la historia. Lo que abre la cuestión de cuánto queda de la historia más allá de lo que la gente cree después de un hecho o de lo que cree haber visto.

Esta era la clase de cuestiones que la experiencia con el

LSD nos llevaba a plantearnos. Podías desdeñar todo aquello, como si se tratara simplemente de divertidos dibujos de luz y conexiones sinápticas; pero en ocasiones las drogas parecían llevarte tan lejos y tan profundo como pudieras extenderte, al mismo fondo de las cosas en sí mismas. Quién sabe cuán profundo era aquello realmente.

Así que heredamos, en la California de principios de los sesenta, algunas de las mejores plantaciones del suelo americano. Los cambios (la palabra *cambios* se oía muy a menudo en aquellos días) en la política y en la cultura popular tal vez puedan parecer más profundos de lo que fueron. Venían acompañados por todo tipo de moralina y vulgaridad, y eran muy estresantes para un gran número de gente. A veces ganábamos un poco, y otras perdíamos mucho.

En 1970, había más amenazas que promesas. Había una sensación de que todo el mundo había perdido o, al menos, de que había pagado a su manera. El americano medio, atónito ante las muestras de rabia histérica de la juventud medianamente educada contra su bandera; el hippy radical con gorro de lana, devastado al oír a Bob Dylan rasgar aquellos acordes eléctricos en Newport: todos veían cómo el futuro de sus sueños se iba al garete.

La lucha entre la CIA y los bohemios en torno al fuego prometeico del doctor Hofmann contiene tantas ironías como permite aquella época. Vic Lovell, el interno del Hospital de Veteranos de Palo Alto e iniciador de Ken Kesey en las drogas psicodélicas, fue un activista durante muchos años en la zona de Stanford. El FBI le rindió una muestra definitiva de respe-

to cuando lo llamó a declarar sobre la desaparición de Patty Hearst. «Estarán de broma», les dijo Vic. Pero no lo estaban.

La CIA y sus investigadores llamaron MK-Ultra a sus experimentos con LSD. Esta parte de la historia de la CIA es fascinante y aterradora y aparece en un buen número de libros bien documentados al respecto: *Sueños de ácido*, de Martin A. Lee y Bruce Shlain, es uno de los más exhaustivos. Conviene recordar que mucha de la gente que se dedicaba a la investigación del ácido lisérgico como herramienta terapéutica trabajaba de manera legítima y de buena fe. (Es interesante ver cómo, en el momento en que la droga abandonó los círculos de investigación de Defensa para pasar a los estudios terapéuticos en Estados Unidos, siguió el mismo camino en la Europa central comunista. El trabajo del doctor Stanislas Grof en lo que entonces era Checoslovaquia es parte de esa literatura.) Los resultados que consiguieron no son desdeñables. Mucha gente se benefició de los usos terapéuticos del LSD-25 y mucha aún lo hace. La experimentación para trabajar con el éxtasis y otros compuestos relacionados sigue recibiendo apoyo del Gobierno en varios países, entre ellos los Estados Unidos.

Adónde nos llevarán estos elixires de la psique en la era de los transgénicos y los clones es un enigma. Han pasado más de cuarenta años desde que Joshua Lederberg les dijera a unos alumnos que la humanidad era relativa.

Tras los experimentos, cuando Kesey hubo escrito *Alguien voló sobre el nido del cuco*, le dedicó la novela al hombre que lo había iniciado: «Para Vik Lovell, que después de decirme que los dragones no existían me condujo a su guarida».

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS  
EN EL MES DE OCTUBRE DE 2011

S

*Gritábamos enfurecidos desde nuestro escondrijo en la montaña, unos americanos locos y borrachos en la tierra poderosa. Estábamos en el tejado de América y supongo que lo único que podíamos hacer era gritar... a través de la noche, hacia las planicies del este, donde, en algún lugar, un viejo de pelo blanco caminaba probablemente hacia nosotros con la Palabra, y llegaría de un momento a otro y nos haría callar.*

JACK KEROUAC

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)